

dos de esta manera, huyen en dispersión. Inmensa multitud aglomerada en un punto y entorpeciéndose ella misma con su desorden, fué destrozada en medio de los dos ejércitos romanos. Tomóse el campamento enemigo. El dictador volvió á llevar al campamento al soldado cargado de despojos, alegre, no tanto de haber vencido como de encontrar intacto, contra lo que esperaba, lo que había dejado, exceptuando la pequeña parte que había deteriorado el incendio.

En seguida regresaron á Sora; los nuevos cónsules M. Petilio y C. Sulpicio recibieron entonces del dictador Fabio el mando del ejército, y después licenciaron gran parte de los soldados veteranos, reemplazándolos con las nuevas cohortes traídas con este propósito. Por lo demás, como á causa de las dificultades que presentaba la situación de aquella ciudad, todavía no se había concertado ningún plan de ataque y no era posible la victoria sin mucha pérdida de tiempo y correr grandes peligros, un desertor de Sora, escapado secretamente de la plaza, llegó hasta los centinelas romanos, pidió le llevasen inmediatamente á los cónsules, y llegado á su presencia, promete entregar la ciudad. Cuando por la pregunta de los cónsules explicó cómo esperaba conseguirlo, pareció que no mentía, y por consejo suyo alejaron seis millas el campamento romano, que casi tocaba las murallas. Como consecuencia de esto había de acontecer que tanto de día como de noche hubiese menos vigilancia en la guarda de la ciudad. El mismo, á la noche siguiente, después de hacer colocar las cohortes en parajes cubiertos de bosques, toma consigo diez soldados escogidos y los lleva á la fortaleza, cruzando precipicios y asperezas casi inaccesibles. Allí habían acumulado proyectiles de todo género en mayor cantidad de la necesaria para tan corto número de hombres. Tenían también piedras, tanto las que cubrían el sue-

lo, como ordinariamente sucede en los parajes escarpados, como las que los habitantes habían amontonado para defender mejor la plaza. Después de situar allí á los romanos y de mostrarles un sendero áspero y estrecho que subía desde la ciudad á la fortaleza, les dijo: «Tres hombres armados cierran fácilmente este paso á la multitud más numerosa; vosotros sois diez, y lo que vale más, sois romanos y los más valientes de los romanos. Os favorecerán el terreno, la obscuridad que todo lo agranda, la incertidumbre y el miedo. Yo voy corriendo á difundir el terror por todas partes; vosotros atended cuidadosamente á la defensa de la fortaleza.» Dicho esto, parte á la carrera, sembrando el espanto, y gritando aquí y allá: «¡A las armas, á las armas! ¡Lo juro por los dioses, ciudadanos, el enemigo está en la fortaleza; acudid, defendeos!» Siguiendo su camino lanza estos gritos en las puertas de los ciudadanos principales, y los repite á los que encuentra, á aquellos á quienes el terror precipita fuera de sus casas. Esta alarma que produce uno solo, la difunden muchos por toda la ciudad. Los magistrados, aturdidos, envían á reconocer la ciudadela; y al saber que la ocupan hombres armados, cuyo número les exageran, ellos mismos hacen perder á los habitantes la esperanza de recobrarla. La fuga lo pone todo en desorden; las puertas caen derribadas por los mismos vecinos, casi dormidos y la mayor parte desarmados. Advertido por los gritos, por una puerta de estas penetra un destacamento romano que degüella á cuantos llenos de temor encuentra en las calles. Sora estaba tomada á la llegada de los cónsules, que tuvo lugar al amanecer. Cuantos quedaron de aquella matanza y fuga nocturna se rindieron. De este número, doscientos veinticinco, á quienes unánime grito designaba como autores de la horrible matanza de los colonos y de la sedición, fueron encadena-



llaron á los centinelas al mismo tiempo que daban á los otros la señal de salir de las emboscadas. Apoderáronse de las puertas, y á la misma hora y con igual astucia fueron tomadas las tres plazas. Però como esta sorpresa se realizó en ausencia de los generales, no se puso freno á la matanza, y el pueblo de los ausones, cuya traición no estaba bien demostrada, fué exterminado como si hubiese hecho una guerra á muerte.

Aquel mismo año, por una traición que entregó al enemigo la guarnición romana, cayó otra vez Luceria en poder de los samnitas; pero los traidores no quedaron por mucho tiempo impunes. Los romanos, que se encontraban cerca, recobraron al primer ataque la ciudad, situada en una llanura. Lucerios y samnitas fueron implacablemente exterminados; y tan lejos llegó la ira, que en Roma, cuando se discutió enviar colonos á Luceria, muchos senadores propusieron arrasar la ciudad. Además del odio implacable que habían excitado aquellas dos sublevaciones sucesivas, no podían menos de considerar con temor la idea de relegar ciudadanos á tanta distancia de la patria, en medio de pueblos tan encarnizados contra Roma. Sin embargo, prevaleció la opinión contraria, y se enviaron á aquella colonia dos mil quinientos hombres. Aquel mismo año, en que por todas partes se encontraban infieles á Roma, en Capua también tramaban secretamente conjuraciones los ciudadanos principales. De ello se dió aviso al Senado, que desplegó mucha actividad en este asunto. Decretáronse investigaciones, y para dirigirlas pareció conveniente nombrar dictador. Fué elegido C. Menio, quien nombró á M. Foslio jefe de los caballeros. Esta magistratura inspiraba terror; y bien por terror ó por convencimiento de su delito, los dos Calavios, Ovio y Novio, que habían sido los jefes de la conspiración, no esperaron á que se les citase á presencia del dictador.

llaron á los centinelas al mismo tiempo que daban á los otros la señal de salir de las emboscadas. Apoderáronse de las puertas, y á la misma hora y con igual astucia fueron tomadas las tres plazas. Però como esta sorpresa se realizó en ausencia de los generales, no se puso freno á la matanza, y el pueblo de los ausones, cuya traición no estaba bien demostrada, fué exterminado como si hubiese hecho una guerra á muerte.

Aquel mismo año, por una traición que entregó al enemigo la guarnición romana, cayó otra vez Luceria en poder de los samnitas; pero los traidores no quedaron por mucho tiempo impunes. Los romanos, que se encontraban cerca, recobraron al primer ataque la ciudad, situada en una llanura. Lucerios y samnitas fueron implacablemente exterminados; y tan lejos llegó la ira, que en Roma, cuando se discutió enviar colonos á Luceria, muchos senadores propusieron arrasar la ciudad. Además del odio implacable que habían excitado aquellas dos sublevaciones sucesivas, no podían menos de considerar con temor la idea de relegar ciudadanos á tanta distancia de la patria, en medio de pueblos tan encarnizados contra Roma. Sin embargo, prevaleció la opinión contraria, y se enviaron á aquella colonia dos mil quinientos hombres. Aquel mismo año, en que por todas partes se encontraban infieles á Roma, en Capua también tramaban secretamente conjuraciones los ciudadanos principales. De ello se dió aviso al Senado, que desplegó mucha actividad en este asunto. Decretáronse investigaciones, y para dirigirlas pareció conveniente nombrar dictador. Fué elegido C. Menio, quien nombró á M. Foslio jefe de los caballeros. Esta magistratura inspiraba terror; y bien por terror ó por convencimiento de su delito, los dos Calavios, Ovio y Novio, que habían sido los jefes de la conspiración, no esperaron á que se les citase á presencia del dictador.



y muerte, sino duda alguna voluntaria, les sustrajo al juicio. Cuando terminaron los procesos en la Campania, vinieron á continuarlos en Roma: decíase que no se refería solamente á Capua, sino en general á toda clase de reunión y trama contra la república, el decreto de investigaciones del Senado, y que eran contrarias á la república las reuniones ocultas para alcanzar los honores. Por medio de esta interpretación, la comisión extendió su poder sobre más objetos y más personas, prestándose sin trabajo el dictador al aumento sin límites de su derecho de investigación. Citábase, pues, á los hombres de elevada clase, y aunque apelasen á los tribunales, no se presentaba nadie para borrar sus nombres. La nobleza al fin, y no solamente los encausados, sino la nobleza en masa, protestó contra aquellas acusaciones: «¿Debían alcanzar únicamente á los nobles á quienes tan sólo el fraude podía cerrar la carrera de los honores, y no más bien á los hombres nuevos, como el dictador y el jefe de los caballeros, á quienes hubiese convenido más el papel de acusados que el de jueces? Esto no tardarían en comprenderlo en cuanto saliesen de la magistratura.» Más celoso Menio de su reputación que de su puesto, se presentó ante la asamblea del pueblo, y habló en estos términos: «Todos vosotros, romanos, sois testigos de mi vida pasada, y este mismo honor que se me ha concedido, prueba es de mi inocencia. Porque ahora no exigía el interés de la república, como tantas otras veces, que se eligiese entre los capitanes más ilustres, sino entre los ciudadanos más extraños á las culpables intrigas que queréis castigar, un dictador que presidiese las investigaciones. Pero ya que algunos nobles, por motivos que vosotros apreciaréis, y acerca de los cuales no debo en el ejercicio de una magistratura emitir aventurada opinión, se han esforzado primeramente en desvirtuar, en cuanto de ellos dependía,

las investigaciones mismas; y que, viendo inútiles todos sus esfuerzos, por no presentar su defensa, han reclamado el apoyo de sus adversarios; colctándose ellos, que son patricios, bajo el patronato de los tribunales del pueblo: en fin, puesto que rechazados por este lado, han llegado (tan cierto es que el partido más inseguro para ellos sería el intento de demostrar su inocencia) hasta encararse con nosotros y no se han avergonzado de dar el ejemplo de un dictador acusado por simples particulares, yo, para que los dioses y los hombres sepan bien que mientras ellos intentan hasta lo imposible por no dar cuenta de su vida, quiero entregarme como acusado á mis enemigos, abdicó la dictadura. Yo os ruego, oh cónsules! si el Senado os da el encargo, que informéis primeramente contra mí, en seguida contra M. Foslio aquí presente, para que sea evidente que nuestra inocencia y no la majestad de nuestras funciones nos salva de esas acusaciones.» En el acto abdicó la dictadura, y M. Foslio hizo lo mismo del cargo de jefe de los caballeros; y llevados los primeros ante los cónsules á quienes el Senado había encargado su proceso, á pesar de las declaraciones de los nobles quedaron brillantemente absueltos. Por lo demás, como sucede siempre, solamente al principio se sostuvo la investigación por los esclarecidos nombres de los acusados; muy pronto no alcanzó más que á los nombres más obscuros, y cesó ahogada por las intrigas y las facciones contra quienes se había decretado.

El rumor de estas disensiones, y más aún la esperanza de la defección de la Campania, trajo de nuevo hacia Gaudio á los samnitas, que se habían dirigido á la Apulia. En esta nueva posición, debían estar más al alcance, si les daba ocasión algún movimiento, de arrebatar Capua á los romanos. Los cónsules marcharon allá á la cabeza de fuerte ejército, pero perdieron algún tiempo en



derredor de los desfiladeros, porque eran muy difíciles los caminos que por ambos lados llevaban al enemigo. En cuanto á los samnitas, habiendo descrito ligero rodeo, por caminos descubiertos hicieron bajar su ejército al terreno llano de la Campania, donde por primera vez acamparon á la vista del enemigo. Entonces los dos bandos se tantearon en escaramuzas, de caballería con más frecuencia que de infantería; y el romano no debió quedar descontento ni del éxito de los combates ni del sistema de temporización que había adoptado. Los generales samnitas, por el contrario, viendo debilitarse diariamente sus fuerzas con pérdidas pequeñas, y que las minaba insensiblemente la lentitud de la guerra, avanzaron en batalla, llevando la caballería repartida en las alas: ésta había recibido la orden de atender al campamento que podía ser atacado, más bien que al enemigo que tenía delante; la infantería debía bastar para la seguridad del ejército. Los cónsules se colocaron, Sulpicio en el ala derecha y Petelio en la izquierda. Viendo el ala derecha que los samnitas, bien para envolver al enemigo, bien para evitar que les envolviese, habían extendido mucho su línea, presentó también considerable frente de batalla; la izquierda, además de que las filas estaban allí más apretadas, recibió nueva fuerza por haber dispuesto repentinamente Petelio llevar desde el principio á las primeras filas las cohortes de reserva, que generalmente se guardaban para las necesidades de larga batalla. Empleando así desde el primer choque la totalidad de sus fuerzas, hizo retroceder al enemigo. Quebrantada de esta manera la infantería de los samnitas, avanzó á su vez la caballería, y como se presentaba á través entre las dos líneas de batalla, los romanos lanzan también sus caballos, derriban la caballería del enemigo, confunden sus enseñas y sus filas y los ponen á todos en

derrota en aquel punto. No solamente había animado á los soldados de esta ala Petelio Sulpicio, cuyas tropas no estaban todavía comprometidas, acudió al primer grito de ataque que partió de la izquierda. Viendo asegurada la victoria en este lado, volvió con mil doscientos hombres escogidos al ala derecha, donde todo lo encontró en diferente situación; perdiendo terreno los romanos, y el enemigo vencedor estrechando vivamente las desalentadas tropas. La llegada del cónsul produjo repentino cambio. Los soldados recobraron valor á la vista del general, y además recibieron un socorro mucho mayor del que podían esperar por su corto número de aquellos valerosos soldados que le habían seguido. La victoria de la otra parte del ejército que se les anunció y cuyos efectos vieron en seguida, restableció el combate. Pronto quedó vencedor el romano en toda la línea, y no pudiendo resistir más los samnitas, se dejaron matar ó coger, exceptuando los que huyeron á Malavento, ciudad llamada hoy Benevento. Según se asegura, cerca de treinta mil samnitas quedaron muertos ó prisioneros.

Después de esta señalada victoria llevaron los cónsules aceleradamente las legiones á Boviano (1) para sitiarse esta ciudad. Allí pasaron el invierno hasta el momento en que los nuevos, L. Papirio Cursor y C. Junio Bubulio, que lo eran el uno por quinta vez y el otro por la segunda, entregaron el ejército á C. Petelio, nombrado dictador, quien tuvo á M. Foslio por jefe de los caballeros. A la noticia de que los samnitas habían tomado la plaza de Fregelas, el dictador dejó á Boviano y marchó á Fregelas, que fué recobrada sin combate, habiéndola abandonado los samnitas durante la noche. Dejando allí fuerte guarnición, volvió á la Campania,

(1) Rica capital de los samnitas.



donde se proponía principalmente apoderarse de Nola. En la época de la llegada del dictador todas las tropas de los samnitas y todos los habitantes del territorio de Nola estaban reunidos en sus murallas. Después de reconocer el recinto, Petelio, para dejar despejadas las inmediaciones de la plaza hasta el pie de las murallas, mandó quemar todos los edificios, cuyo número era considerable, que se encontraban delante de los muros. Poco después fué tomada Nola, sea por el dictador Petelio, sea por el cónsul Junio, acerca de lo cual no hay acuerdo. Los que atribuyen la gloria de la toma al cónsul, le conceden también la de Atina y de Calacia. Según estos historiadores, Petelio no fué nombrado dictador durante la peste que se había declarado, sino para clavar el clavo sagrado. En este año se establecieron las colonias de Suesa y de Poncia. Suesa había pertenecido á los auruncos; los volscos habían poseído á Poncia, isla situada enfrente de sus costas. Dióse también un senatus-consulto determinando que se llevarían colonias á Iteramna y Casino; pero el nombramiento de los tribunos y el envío de los colonos, en número de cuatro mil, tuvo lugar bajo los cónsules siguientes, M. Valerio y P. Decio.

Casi terminada estaba la guerra con los samnitas; pero antes de que el Senado quedase completamente libre de este cuidado, supose que se preparaba otra guerra etrusca. No había entonces, después de los galos, nación más temida de los romanos, tanto por la proximidad de su territorio como por la muchedumbre de sus habitantes. Así, mientras uno de los cónsules permanecía en el Samnio para perseguir allí los restos de la guerra, P. Decio, retenido en Roma por grave enfermedad, por orden del Senado nombró dictador á C. Junio Bubilio. Este, conforme exigía la gravedad de las circunstancias, impuso el juramento á toda la juven-

tud, hizo preparar con la mayor actividad armas y cuanto podía necesitarse; y sin que le deslumbrasen tan grandes preparativos, suspendió todo proyecto de agresión, decidiendo permanecer tranquilo, como los etruscos no comenzasen las hostilidades. Estos, por su parte, hacían iguales preparativos y guardaban la misma prudencia: Ni unos ni otros atravesaron la frontera.

Aquel año se distinguió también por la memorable censura de Ap. Claudio y C. Plaucio. Sin embargo, la posteridad conservará con más agrado la memoria de Apio porque construyó un camino romano (1) y trajo aguas á Roma (2), trabajos que terminó él solo. No atreviéndose su colega á arrostrar las enemistades y odios de que fué causa la revisión del Senado, había abdicado la magistratura. Apio, que tenía la obstinación de carácter hereditaria en su familia, conservó sólo la censura. Por autorización de este mismo Apio, los Poticios, en posesión de servir el altar principal de Hércules, para libertarse de este ministerio, adiestraron esclavos públicos para las ceremonias de este culto. Refiérese con este motivo una cosa extraordinaria y muy á propósito para reprimir la audacia de los innovadores en achaque de religión, y es, que la familia de los Poticios, que en aquella época tenía doce ramas, y que contaba hasta treinta varones en la edad de la pubertad, pereció toda en aquel año, quedando extinguida. No se limitó la cólera de los dioses á hacer desaparecer el nombre de los

(1) La célebre vía Apia, que comenzaba en la puerta Capena y se extendía hasta Capua, desde donde más adelante se prolongó hasta Brundusio.

(2) Este acueducto es el más antiguo de Roma. Conociasele con el nombre de *Aqua Appia*, y no *Aqua Claudia*, como han pretendido algunos: este nombre solamente conviene al acueducto que comenzó Caligula y terminó Claudio.



Poticios; alcanzó también al censor Apio, que murió pocos años después.

Los cónsules del año siguiente C. Junio Bubulco y Q. Emilio Barbula, el uno por tercera vez y el otro por segunda, se quejaron al pueblo desde principios del año de que se había degradado al Senado por medio de una revisión viciosa, rechazando los hombres más recomendables para sustituirles con otros; declararon que no respetarían en manera alguna la obra de los censores, hecha sin distinguir lo bueno de lo malo y dirigida por el capricho y la pasión; y en el acto reprodujeron la lista antigua, tal como existía antes de la censura de Ap. Claudio y C. Plaucio. Este año nombró también el pueblo por primera vez para dos mandos, pertenecientes los dos al servicio del ejército. Uno era el de tribunos de los soldados; decidiéndose que el pueblo elegiría diez y seis de ellos para cuatro legiones; cuando antes, exceptuando un número muy pequeño, cuya elección estaba reservada á los votos del pueblo, todos los demás los nombraban los dictadores ó los cónsules. Los tribunos del pueblo L. Atilio y C. Marcio presentaron esta ley. El otro era el de decenviros navales, encargados del armamento y reparación de la armada (1); decidiéndose también que la elección de éstos dos magistrados pertenecería al pueblo. M. Decio, tribuno del pueblo, fué el autor de este plebiscito. Pasaría en silencio un acontecimiento del mismo año, poco digno de ser referido, si no hubiese parecido que interesaba á la religión. Disgustados los flautistas porque los últimos censores les habían prohibido los banquetes

(1) Es la primera vez que Tito Livio menciona la armada romana. La palabra *reparación* indica que ya existía anteriormente; y demuestra, además que Roma tenía marina en esta época, la existencia de la colonia establecida en la isla Poncia, bastante alejada del continente.

sagrados del templo de Júpiter, á los que se les había admitido desde tiempo inmemorial, se retiraron en masa á Tibur, de manera que no quedó ninguno que tocara durante los sacrificios. Este incidente alarmó la religiosidad del Senado, que envió legados á Tibur para conseguir que devolviesen aquellos hombres á los romanos. Habiendo prometido los tiburtinos hacer cuanto dependiese de ellos, llamaron primeramente á los flautistas á su Senado y les exhortaron á regresar á Roma. Viendo que nada podían conseguir de ellos, recurrieron á una estratagema, muy conforme con el carácter de aquellos hombres. Un día de fiesta, so pretexto de dar con la música mayor esplendor á las comidas, cada cual les invitó separadamente; el vino, por el que ordinariamente son apasionados los hombres de esta profesión, se les sirvió profusamente, y cuando les hubo adormecido la embriaguez, les colocaron en carros y les trasladaron á Roma. Nada notaron, hasta que á la mañana siguiente les sorprendió la luz, aturdidos por el vino, en los carros abandonados en el Foro. Entonces acudió en tropel el pueblo y se consiguió que permaneciesen en Roma, concediéndoles que cada año, durante tres días, pudiesen pasear por la ciudad su magnífico cortejo en medio de cantos y de aquella libre y loca alegría cuya tradición no se ha perdido, y devolviéndoles también el derecho de participar de los banquetes de Júpiter cuando tocasen durante los sacrificios. Estas cosas ocurrían entre los preparativos de dos grandes guerras.

Los cónsules se repartieron las provincias: á Junio tocó el Samnio y á Emilio la nueva guerra de la Etruria. En el Samnio, Cluvia, defendida por guarnición romana, no pudo ser tomada á viva fuerza; pero rendida por hambre, se entregó á los samnitas, que, con su barbarie, desgarraron los soldados bajo las vias, todos



exterminaron á pesar de la capitulación. Indignado Junio con aquella atrocidad, formó empeño en atacar á Cluvia; apoderóse de esta plaza en el primer día y pasó á cuchillo á todos los púberes. Desde allí el ejército victorioso marchó á Boviano, capital de los samnitas pen- trinos y de todas las ciudades de la comarca, la más rica y la mejor pertrechada de armas y de guerreros. Como los soldados no estaban animados allí por la cólera, se les excitó con el cebo del botín y se apoderaron de la ciudad. Tratóse con menos rigor al enemigo, casi se arrebató más botín que se sacó jamás de todo el Samnio y se abandonó generosamente al soldado. Y como los romanos habían adquirido tal superioridad por las armas, que ningún ejército, ningún campamento, ninguna ciudad podía en adelante resistirles, los jefes de los samnitas solamente pensaron en buscar paraje á propósito para una emboscada, donde el ejército romano, atraído en desorden por la esperanza del botín, pudiese ser sorprendido y envuelto. Algunos campesinos fingiéndose desertores, varios prisioneros, de los que unos habían caído por casualidad en poder de los romanos y los otros se habían dejado coger de intento, se pusieron de acuerdo para decir al cónsul lo que por otra parte era verdad, que habían reunido inmensa cantidad de ganados en praderas retiradas, y le deciden á llevar las legiones hacia aquella presa. A lo largo de los caminos habíase situado en emboscada numeroso cuerpo de enemigos. Cuando vieron á los romanos comprometidos en el desfiladero lanzaron de repente tremendos gritos y cayeron en desorden sobre las legiones cogidas de improviso. Al pronto produjo turbación la sorpresa; mientras preparaban las armas y llevaban al centro los bagajes; pero en cuanto cada uno se hubo desembarazado de su carga y armado, todos se agruparon en derredor de sus enseñas, recobrando sus pue-

tos como veteranos acostumbrados á las maniobras, y por sí mismo, sin orden de nadie, el ejército se formó en batalla. Corriendo entonces el cónsul adonde era mayor el peligro, saltó del caballo y juró por Júpiter, por Marte y todos los dioses «que no el deseo de gloria, sino el de proporcionar botín al soldado le había llevado á aquel paraje; que solamente se le podía censurar su excesivo apresuramiento en enriquecer al soldado á expensas del enemigo; que si ha incurrido en alguna falta, solamente el valor de los soldados puede lavarla; que les basta hacer un esfuerzo y marchar todos con igual espíritu contra un enemigo vencido en batalla campal, despojado de sus campamentos, arrojado de sus ciudades, que intentaba su último recurso en la estratagemma de una emboscada, y que confía en su posición y no en sus armas; ¿pero qué posición era ya inexpugnable para el poder romano?» Recordábales la fortaleza de Fregelas, la de Sora y todos los combates en que habían triunfado de los obstáculos del terreno. Inflamado por estas palabras el soldado, olvidando todas las dificultades, marcha contra el enemigo situado en las alturas. Algo tuvo que sufrir mientras escalaba aquellas escarpadas breñas; pero desde el momento en que las primeras enseñas coronaron la meseta que las dominaba, y que el ejército sintió terreno más igual bajo sus pies, el espanto pasó á las filas enemigas, que se dispersan y arrojan las armas, procurando ganar los profundos escondrijos donde se habían ocultado pocos momentos antes; pero víctimas de su propia astucia, las dificultades del paraje donde habían querido atraer al enemigo les detenían á su vez. Pocos de ellos consiguieron escapar: cerca de veinte mil fueron muertos, y el romano vencedor corrió á apoderarse de aquellos ganados que el enemigo había cuidado de ofrecerle. Mientras acontecen estas cosas en el Samnio, todos



los pueblos de la Etruria, á excepción de los arretinos, habían tomado ya las armas; y en aquella formidable guerra habían comenzado por el ataque de Sutrium, ciudad aliada de los romanos, que era como la llave de la Etruria. El otro cónsul, Emilio, acudió con un ejército para libertar á los aliados, sitiados por el enemigo. A la llegada de los romanos, los sutrinios hicieron llevar abundantes víveres á su campamento, establecido al pie de sus murallas. Los etruscos emplearon el primer día en deliberar si impulsarían la guerra con vigor, ó si la dejarían marchar lánguidamente; pero como los jefes preferían las decisiones más prontas á las más seguras, á la mañana siguiente dióse al amanecer la señal de combate, y el ejército avanzó en orden de batalla. Habiendo recibido aviso el cónsul, mandó que el soldado coma, y se arme después de cobrar fuerzas por este medio; las órdenes se cumplieron en seguida. Cuando el cónsul los vió armados y dispuestos, mandó sacar del campamento las enseñas y formó su ejército á corta distancia del enemigo. Los dos ejércitos permanecieron algún tiempo observándose, esperando que con el grito de ataque comenzase el combate por uno ú otro lado; y más de medio día era cuando todavía no se había lanzado ni un solo dardo por ningún bando. En fin, por no retirarse sin haber hecho nada, los etruscos lanzan el grito de ataque, responden sus bocinas y avanzan sus enseñas. No se apresuran menos los romanos en marchar al enemigo, chocando los dos ejércitos con impetuosa; el enemigo es más fuerte en número, el romano en valor. En aquel indeciso combate caen por ambos lados multitud de guerreros de los más valientes, y el éxito no comienza á pronunciarse hasta que la segunda línea de los romanos hubo reemplazado á la primera y tropas frescas sucedieron á tropas cansadas. Los etruscos, que no tenían reservas para sostener sus

primeras filas, perecieron todos delante ó en derredor de sus enseñas. En ninguna batalla hubiese habido jamás más menos derrota y más matanza, si la noche no hubiese protegido á los etruscos, obstinados en morir, cobrando los vencedores en el combate antes que los vencidos. Después de ponerse el sol dióse la señal de retirada, y los dos ejércitos volvieron de noche á sus campamentos. En este año no aconteció nada memorable cerca de Sutrium, porque por parte del enemigo, habiendo quedado completamente destruída la primera línea en una sola batalla, apenas bastaban las tropas de reserva para defender el campamento; y los romanos tuvieron tantos heridos, que perdieron más gente después del combate que la que cayó en el combate mismo.

Q. Fabio, cónsul al año siguiente, encontró la guerra bajo las murallas de Sutrium; diéronle por colega á C. Marcio Rutilo. Fabio llevó de Roma refuerzos, y los etruscos recibieron un ejército nuevo. Hacía muchos años que no se había suscitado ninguna desavenencia entre los magistrados patricios y los tribunos, cuando comenzó la lucha por un miembro de aquella familia, cuyos destinos parecían pesar sobre los tribunos y el pueblo. El censor Ap. Claudio, después de cumplir sus diez y ocho meses, término que fijaba la ley Emilia para la duración de la censura, aunque su colega C. Plaucio abdicó su magistratura, ningún poder pudo obligarle á seguir aquel ejemplo. Era tribuno del pueblo P. Sempronio, é intentó una acción contra el censor para obligarle á dejar el cargo en la época determinada, acción tan popular como justa, y que no agradó menos á la multitud que á los mejores ciudadanos. Cuando releía diferentes veces el texto de la ley Emilia y colmaba de alabanzas al autor de aquella ley, el dictador Mam. Emilio, por haber reducido á diez y ocho meses la censura, que antes era quinquenal, y cuya larga duración la



convertía en una especie de reinado: «Dinos por favor, Apio, añadió, lo que hubieses hecho si en la época en que C. Furio ó M. Geganio fueron censores lo hubieses sido tú también.» Apio contestó: «Que la interpelación del tribuno no tenía mucha relación con su causa; que la ley Emilia obligó á aquellos censores porque se dió durante su magistratura, y que el pueblo ordenó su ejecución después de su nombramiento, siendo los últimos decretos del pueblo los que forman ley y regla; pero que ni él ni ninguno de los que habían sido creados censores posteriormente á aquella ley estaban obligados á someterse á ella.»

Esta inútil argucia de Apio no obtuvo la aprobación de nadie: «Allí tenéis, romanos, replicó el tribuno, el descendiente de aquel Apio, que nombrado decenviro por un año, se nombró á sí mismo para el segundo; que en el tercero, sin nombrarse él ni que le nombrase nadie, retuvo por autoridad propia los haces del consulado, y que no renunció á su magistratura, que hubiese querido conservar siempre, hasta que quedó abrumado por un poder mal adquirido, mal ejercido, no menos malamente retenido. Esta es aquella misma familia, ¡oh romanos! cuya violencia é injusticia os obligaron á desterraros de vuestra patria y á buscar asilo en el monte Sacro. Contra ella os procurasteis la defensa tribunicia; á causa de ella, dos ejércitos del pueblo se apoderaron del monte Aventino; ella fué la que combatió siempre las leyes contra la usura y las agrarias; ella la que entorpeció la alianza entre los patricios y el pueblo; ella la que ha cerrado al pueblo el acceso á las magistraturas curules; su nombre es mucho más funesto que el de los Tarquinos para vuestra libertad. ¡Cómo! Ap. Claudio, más de cien años han transcurrido desde la dictadura de Mam. Emilio; ¿y de tantos personajes de la alcurnia más elevada y del valor más admirable,

ni uno solo habría leído las leyes de las Doce Tablas, ni uno solo sabría que lo que hace ley es lo último que dispone el pueblo? Lejos de eso, todos lo sabían, y por esta razón se sometieron á la ley Emilia más bien que á la antigua ley que creó los primeros censores, porque la ley Emilia se votó después, y cuando se encuentran dos leyes contradictorias, la antigua está siempre abrogada por la nueva. ¿Dirás tú, Apio, que el pueblo no está obligado por la ley Emilia? ¿ó bien que él lo está y tú solo no lo estás? La ley Emilia ha obligado á C. Furio y á M. Geganio, esos censores cuya violencia ha demostrado cuánto daño podía hacer á la república esa magistratura, cuando por despecho de ver limitado su poder privaron del derecho de sufragio á Mam. Emilio, el primer ciudadano, el primer capitán de su época. Después ha obligado durante cien años á todos los censores; obliga actualmente á tu colega C. Plaucio, creado bajo los mismos auspicios y en virtud del mismo derecho. ¿No te ha creado el pueblo censor para que goces de todos los derechos inherentes á esa magistratura, ó bien eres tú el censor por excelencia á quien se haya de reservar este único privilegio? Aquel á quien tú nombras rey de los sacrificios, habiendo recibido el título de rey, ¿pretenderá haber sido creado en virtud de las leyes rey verdadero de Roma? ¿Quién se contentará en adelante con una dictadura de seis meses, con un interregno de cinco días? ¿A quién podrás nombrar confiadamente dictador para clavar el clavo sagrado ó para presidir los juegos? ¡Cuán estúpidos é insensatos debemos considerar Apio, oh romanos, á los que al cabo de veinte días, después de realizar grandes cosas, han abdicado la dictadura ó han renunciado inmediatamente su magistratura por algún vicio en la elección! ¿Mas á qué buscar ejemplos tan lejos? En estos últimos tiempos, no hace todavía diez años, el dictador C. Menio, hacien-



do investigaciones, con tal severidad que alarmaba á algunos varones influyentes, le acusaron sus enemigos de ser él mismo cómplice de un crimen que tenían encargo de perseguir, y para salir al encuentro de la acusación, dejando su carácter público, abdicó la dictadura. No exijo yo de ti tanta moderación; no degeneres de la soberbia y costumbres imperiosas de tu familia; no dejes el cargo un día, una hora antes de lo necesario, con tal de que no excedas del tiempo establecido. Demasiado sería ya ocupar la censura un mes, un día más de lo que quiere la ley. Pero escuchadle: «Conservaré la censura, dice, tres años y seis meses más de lo que permite la ley Emilia, y la conservaré solo.» Esto es ser rey ya. ¿Reemplazarás tu colega? La religión no lo permite ni siquiera por la muerte de un censor. ¡Oh censor religioso! poco es, en efecto, haber hecho pasar de manos de los pontífices más nobles á las de esclavos vuestra solemnidad más antigua, la única que estableció el mismo Dios, que es objeto de ella. Una familia más antigua que Roma, una familia santificada por la hospitalidad de los dioses inmortales, gracias á ti y á tu censura ha sido extinguida en un año, y tal vez caerá tu sacrilegio sobre la república entera, presagio cuya sola idea me estremece. Roma fué tomada durante el lustro en que L. Papirio Cursor, por no salir de la magistratura se dió nuevo colega, subrogando al censor C. Julio, que acababa de morir, M. Cornelio Maluginense. Y sin embargo, Apio, ¡cuánto más moderada era su ambición que la tuya! L. Papirio no permaneció siendo censor ni solo ni más tiempo del señalado por la ley; sin embargo, no ha encontrado nadie que quisiera seguir su ejemplo; todos los censores posteriores á él han abdicado después de la muerte de su colega. Y á ti no te detienen ni el término de tu censura que ha expirado, ni el ejemplo de tu colega que ha dimitido, ni la ley ni el ho-

nor: tú pones la virtud en el orgullo, en la audacia, en el desprecio de los dioses y de los hombres. En cuanto á mí, Apio Claudio, por respeto á la magistratura de que has estado investido, no solamente no quisiera que pusieran mano en tu persona, sino que hubiese deseado dispensarte de toda palabra severa. Cuanto he dicho, tu obstinación y tu orgullo me han obligado á decirlo. Si no obedeces la ley Emilia, mandaré que te lleven á la prisión; porque si nuestros antepasados establecieron para los comicios censorios que si los candidatos no reunían el número de votos que exige la ley, debían aplazarse los comicios, sin proclamar á ninguno de los candidatos, no consentiré que tú, que solo no habrías sido elegido censor, ejerzas solo la censura.» Dicho esto, mandó apoderarse del censor y llevarle á las prisiones. Seis tribunos aprobaron la acción de su colega, pero los otros tres admitieron la apelación de Apio; y con grave disgusto de todos los órdenes, ejerció solo la censura. Mientras ocurrían estas cosas en Roma, los etruscos habían puesto ya sitio á Sutrium. El cónsul Fabio se había puesto en marcha tomando por la parte baja de las montañas para socorrer á los aliados y hasta para atacar, si encontraba oportunidad, las líneas de los sitiadores, cuando se le presentó el enemigo en orden de batalla. La inmensa llanura en que se desplegaba, permitíale emplear su extraordinaria multitud, y el cónsul, para suplir el corto número de los suyos con la ventaja de la posición, se separó un poco, hizo ganar á sus tropas las primeras alturas, cuyo suelo escabroso estaba lleno de piedras, y desde allí hizo frente al enemigo. No considerando los etruscos más que su multitud, que formaba toda su seguridad, y olvidando lo demás, corren al combate con tanta precipitación y tal ardor, que arrojando los dardos para llegar más pronto á las manos, desenvainan las espadas al mismo tiem-